

11-5-2018

CONCURSO DE RELATOS

SEGUNDO PREMIO

Viaje de ida y vuelta

Marta González Bueno

Pífanos

Viaje de ida y vuelta

Fue la pregunta de mi abuela la que despertó mi curiosidad: "¿qué tal te trata?". Días antes nos habíamos encontrado con ella Juan y yo, pero esperó a la comida familiar del domingo para plantearme lo que me movió a indagar sobre una etapa desconocida de su vida. En ese momento solo contesté reticente "pues normal abuela, como yo a él".

A los pocos días, siguiendo el consejo de mi madre, me presenté en casa de la abuela, hecho que le produjo una gran alegría. Me arrellené en un sillón de la salita mientras ella preparaba su famoso cafecito "de puchero" que ambas íbamos a compartir. Oí como llamaba a sus amigas para decirles que no la esperaran para la diaria partida de cartas. Antes de terminar el primer cafecito, con una pasta a medio comer, solté un bombardeo de preguntas sobre su vida, lo único que sabía hasta entonces era que había vivido en el extranjero.

Verás, comenzó la abuela solemne, creo que ya tienes edad, y derecho, de saber todo sobre tu familia. Claro que tendrás que tener paciencia y esperar a conocer todos los detalles en diferentes ocasiones, y momentos, eso en el caso de que sigas manteniendo el interés que se ha despertado en ti. Pero ahora, aquí tranquilitas las dos, te voy a contar a grandes rasgos una parte muy importante de mi vida.

Yo soy de un pueblecito de la provincia de Santander. Cuando tenía 20 años conocí a tu abuelo en el pueblo. Él era un forastero que había ido a pasar unos días con un familiar lejano que residía en el pueblo, un indiano, que se había construido una gran casa. Entablamos una relación amistosa que nos proporcionó un estupendo verano durante el cual los paseos eran diarios, tanto en grupo, la mayor parte, como solos. Recorriamos todas las callejuelas del pueblo, descubriendo facetas y rincones que permanecieron para siempre en mi mente. Llegábamos hasta la playa, deteniéndonos en los miradores desde los que se divisaban los acantilados y los entrañables paisajes que tantas veces evoqué cuando estaba lejos. Las ocasiones en que llegábamos a la punta del Dichoso yo, joven ilusa, lo vivía como un buen presagio del futuro que nos esperaba. Cuando se fue, mantuvimos una correspondencia regular durante un tiempo y él volvió en varias ocasiones. La relación se hizo más estrecha y no pasó mucho tiempo hasta que decidimos unir nuestras vidas, a pesar de la reticencia de mis padres. Nos casamos en Nuestra Señora de las Lindes. y al poco tiempo viajamos a México, donde él había conseguido ya un trabajo por medio de unos conocidos que estaban allí hacía años. Dejé, llena de pena, a mis padres y al resto de la familia y seguí confiada a mi marido.

Hicimos un viaje que me pareció interminable y digno por si solo de una pequeña novela, lleno de dificultades y vivencias insólitas tras el cual llegamos a la ciudad donde yo iba a pasar los peores años de mi vida. Superados los

Viaje de ida y vuelta

contratiempos del viaje y aparentemente llenos de entusiasmo por emprender una nueva vida, nos establecimos, con la ayuda de las mismas personas que nos habían encontrado el trabajo.

Los primeros meses estábamos tan inmersos en la organización y acondicionamiento del espacio que había de ser nuestro hogar, que apenas teníamos tiempo de malos ratos, ni buenos realmente, porque estábamos todo el tiempo organizando cosas. Yo esperaba ansiosa la vuelta del trabajo de mi marido cada día, porque le quería, y porque era el único contacto que tenía con el mundo exterior. Incluso las compras necesarias para el consumo diario me las hacía él. Tampoco recibía cartas, hecho que entonces me extrañaba, y del que luego supe bien la causa. Mi refugio entonces fue el imaginario vuelo hacia los lugares que habían sido escenarios de mi niñez y adolescencia. Evocaba cada detalle como un ciego que rememora los lugares que conoció en el pasado. Yo me alejé de ellos para seguir a mi marido.

Cuando estuvimos un poco más tranquilos y con todo organizado, yo comencé a sugerirle que tuviéramos una pequeña fiesta en casa con aquellos que habían facilitado nuestro trabajo y nuestra estancia, como muestra de agradecimiento. No pareció muy entusiasmado con la idea, pero aceptó y programamos el encuentro para un sábado en el que podían asistir todos los que habían colaborado en nuestro establecimiento allí. Vinieron a casa tres matrimonios, todos algo mayores que nosotros, dos españoles casados con mexicanas y un mexicano casado con española. Yo me esforcé en preparar lo mejor, aunque, inexperta como era, no debió de ser calificado por mis invitados con un sobresaliente. Mucho menos por mi marido, que parecía complacerse en hacer evidentes todos mis fallos. Pero lo pasamos bien, yo estaba feliz de relacionarme con alguien, me parecieron muy agradables y las mujeres congeniamos desde el primer momento.

A este primer encuentro, siguieron otros en que los anfitriones eran las otras parejas, con las que entablamos una agradable amistad. En cada encuentro se desvivían por ofrecernos los productos más exquisitos, que cocinaban con esmero. Pero esa circunstancia, suponía para mí un motivo de disgusto, pues al volver a casa, mi marido me reprochaba el hecho de que yo no supiese estar a su altura y ridiculizaba mi falta de conocimientos culinarios, y mis escasas habilidades, que hacía extensivas a muchas otras facetas de mi vida.

Para entonces, yo me había quedado embarazada y todo aquello me causaba una profunda tristeza. Estaba deseando el próximo encuentro, pero temía los comentarios posteriores, repletos de frases despectivas. A eso se unía una progresiva indiferencia de mi marido hacia cualquier aspecto de nuestra vida cotidiana, indiferencia que en ocasiones se convertía en comportamientos

Viaje de ida y vuelta

agresivos cuando por diversas circunstancias tenía que permanecer en casa más tiempo del que deseaba. Todo ello me dolía profundamente, tanto más cuanto mi aislamiento continuaba, con la excepción de los encuentros con los matrimonios, cuyas mujeres fueron para mí hadas buenas. Ellas me enseñaron a cocinar algunos platos que resultaron todo un éxito, aunque nunca logré los elogios, privados ni públicos, de mi marido. Yo los esperaba y los deseaba, pero solo obtenía irónicos comentarios por el mínimo error que hubiera cometido.

Llegado el momento del parto, yo estaba esperanzada en que él me acompañara lo más posible, dentro de lo que entonces era costumbre, y sobre todo confiada en que el bebé iba a ayudarnos a recuperar la chispa y la complicidad, poca y además perdida casi desde el principio, en el duro viaje y nuestro establecimiento en México.

No fue así. Ninguna de mis expectativas se cumplió. El bebé era una niña, una niña preciosa que contra mis pronósticos no contribuyó en absoluto al acercamiento entre mi marido y yo. Más bien lo contrario, ya que él me reprochaba también no haberle dado un varón.

Mi acompañante más fiel en esos días fue Loli, la amiga española a la que debo mucho más de lo que nunca podré agradecer, ni material ni moralmente.

Mi niña era mía. A pesar de ser guapa, tranquila y risueña, su padre la ignoraba tanto como a mí. Todo el amor se lo daba yo, que me sentía muy orgullosa de ella. Con ella pude salir por fin a dar grandes paseos y conocer a otras madres de mi edad.

La abuela interrumpió el relato y se quedó mirándome con una amplia sonrisa. "¿Te cansas?" me preguntó, si quieres lo dejamos para otro día. De esto hace ya muchos años y lo que fue, fue. El tiempo que pasé ya no lo voy a cambiar. Yo estaba completamente atrapada en la historia y lo que deseaba fervientemente era que continuara. Así lo expresé con mi mirada y la taza que extendí para que volviera a llenarla con el sabroso café. Cumplido el ritual, retomó la historia de aquellos años, tristes años, que pasó al otro lado del Atlántico.

Las madres que conocí contaban algunas circunstancias de sus matrimonios, las relaciones más o menos felices, los momentos más o menos tristes, sus contactos con otros miembros de las familias de procedencia de cada uno. No podía deducir que sus vidas fueran perfectas, pero tampoco me parecía que fueran un desastre. En todas adivinaba momentos de gozo intenso, de complicidad, de proyectos compartidos, de vivencias dichosas que no habían formado parte de mi matrimonio ni siquiera en los primeros momentos. Mi marido me ignoraba, más, me despreciaba, con un desprecio unas veces sordo y otras explícito, siempre tremendamente doloroso, y que yo notaba que iba en aumento

Viaje de ida y vuelta

cada día. Yo ya no quería que estuviera más tiempo en casa que el estrictamente necesario, pues sabía que, si ocasionalmente pasaba algunas horas más, podía ser peor para mí. Me sentía tremendamente sola, triste y temerosa. Solo los grandes paseos con mi hijita querida me abstraían de la fea realidad cotidiana que me había tocado vivir.

Mi físico se deterioraba a la par que mi alma. Parecía que el envejecimiento que estaba sufriendo quisiera proclamar mi existencia desdichada, aunque jamás comentaba nada con nadie. Cuando fui consciente de que mi marido, que guardaba las formas ante los demás, tenía fuera de casa lo que a mí me hubiera gustado tener en la nuestra, ni siquiera me entristeció especialmente, ni me enfadó; nada cambiaba en nuestra relación por tener la evidencia de lo que ya era más que sabido.

Un día, una lucecita de esperanza brilló en mi penosa existencia. Fui al supermercado, siempre con mi querida hija claro, y me encontré con Loli, la buena de Loli que tanto ha significado para mí. Me dijo que cada día me veía más delgada, evitó decir desmejorada, aunque era fácilmente deducible. Sugirió que nos tomáramos un cafecito en una pequeña cafetería que había en el mercado; estaba frecuentada por mujeres, allí no íbamos a llamar la atención, dijo Loli. Comenzamos a hablar y progresivamente, de cosas sin importancia y generalidades, pasamos a cosas más serias y personales hasta el punto de que en un momento dado los ojos se me humedecieron y no pude evitar la caída de alguna lágrima. Loli me animó a hablar y me escuchaba atentamente sin mostrar excesiva pena ni sorpresa. Ella era buena observadora y a pesar de que en nuestros encuentros tanto mi marido como yo disimulábamos nuestro distanciamiento, era consciente de la situación en la que me encontraba. Cuando comprendió que me había desahogado, Loli me habló en voz baja, con ternura y tacto, pero con firmeza: "No puedes seguir así, no puedes resignarte a vivir entre la tristeza y el miedo, tienes que tomar una decisión" Ese breve comentario tuvo la virtud de infundir en mi un poco de fortaleza, más eficaz que si me hubiera dedicado unas simples palabras de consuelo. Quedamos en pensar las dos sobre el tema, algo se nos ocurriría, dijo, para que yo saliera de ese pozo en el que me estaba enterrando, y mi hijita tenía derecho también a una vida mejor. Debía luchar por ello.

Yo estaba en tensión, Quería abrazar a mi abuela, necesitaba decirle que agradecía que me contara todo aquello que yo nunca había sospechado, pero no encontraba las palabras. En vez de hablar sobre ello dije, como de pasada, que ya no quedaba café y que por el momento no pesaba moverme de allí. Pastas había todavía, pero abrió otro paquete cuando trajo el tercer café. "Solo para ti" dijo, ella tenía intención de dormir por la noche, y ya había tomado suficiente. Y continuó contándome.

Viaje de ida y vuelta

Pocos días después tuvimos otro encuentro. Las dos, Loli y yo, habíamos llegado a la misma conclusión: Yo debía volver a España. Fácil de decir, pero se diría que imposible de hacer: no manejaba dinero, estaba casada, no sabía nada de mi familia, no tenía donde ir, tenía una niña pequeña, ¡en fin! todo eran dificultades, se diría que imposibles de vencer. Pero la lucecita que se había encendido seguía brillando. Yo estaba ilusionada con un cambio que me liberara de la mala vida que llevaba, y que de seguir así pronto iba a marcar negativamente la personalidad de mi hijita.

Una de las más importantes dificultades a vencer era la cuestión del dinero. El que yo manejaba no era mío. Para las compras de la casa, que desde el nacimiento de mi hija ya podía hacer yo, disponía de las cantidades justas que mi marido me daba. Pocas economías podía hacer, aunque lo intentaba.

El tiempo iba pasando, y de vez en cuando seguíamos reuniéndonos los matrimonios, manteniendo las apariencias de una situación agradable y sin problemas. Loli y yo intercambiábamos miradas y alguna frase corta para propiciar un nuevo encuentro en el café del mercado, lugar en el que nos sentíamos a salvo.

Cuando mi hijita tenía cuatro años, los acontecimientos se precipitaron. Una conjunción oportuna de factores con los que a veces nos favorece el azar, quizás propiciados por la fuerza del deseo, hizo posible que encontráramos el camino que conduciría a mi liberación. Fue Loli quien tuvo la fuerza, la habilidad, el tacto y la astucia de encontrar ese sendero por el que yo tendría que caminar con sumo cuidado de no tropezar en los múltiples escollos que lo jalonaban.

Uno de los viajes que salían de México con destino a España, iba a contar entre sus pasajeras con una dama de la alta sociedad, que, habiéndose quedado viuda, quería conocer a su familia al otro lado del Atlántico. Y, por mediación de mi querida Loli, me contrató como ayudante y acompañante, haciéndose cargo de todos mis gastos. Aceptó que yo fuera con mi hija, aceptó no hacer preguntas sobre mi situación, aceptó correr los riesgos que podía conllevar este contrato no escrito, con pocas garantías para ella. Su confianza en Loli debía ser muy fuerte, y su conciencia de mujer, que quizás había sufrido alguna experiencia desagradable, la hacía solidarizarse con mi situación, aunque yo no sabía hasta qué punto la conocía.

Pero se hizo. Embarqué a una hora en que se suponía que paseaba, hacía las compras o arreglaba la casa. Él volvería tarde, como todos los días y ya no me iba a encontrar. Iba a tardar mucho tiempo en adivinar o comprender que había sido de mí y de su hija, si es que conservaba el mínimo interés. Puede ser que ya no tuviera ni deseo de castigarme. Pero yo sabía que no podía fiarme, que no podía ni soñar con volver al maravilloso pueblo donde había vivido mis primeros años, puesto que, de quererme buscar, empezaría por ahí.

Viaje de ida y vuelta

Por fortuna, al tanto de todo estaba Loli, mi ángel protector, anticipándose a lo que no podía dejarse al azar. Yo no podía vagar por cualquier lugar con mi hijita sin levantar sospechas, con probabilidades de ser víctima propicia de comportamientos abusivos. Loli, que se había educado en un colegio para huérfanos de militares donde asistían alumnas de toda España, mantenía contactos leales con muchas de las antiguas alumnas; no eran únicamente compañeras, se consideraban hermanas. Pensó en una ciudad que no tuviera que ver nada con mi lugar de nacimiento y donde ella tuviera contactos seguros. Y aquí ella tenía una amiga de edad parecida a la suya, unos 12 años más que yo.

Lo prepararon todo en pocos días, por teléfono. Su amiga, Rosa, no sólo me iba a acoger en su casa y en su mercería como dependienta, sino que además se ofreció para ir a buscarme a Barcelona de forma que yo no tuviera que permanecer sola en el lugar de llegada, nada más que las horas imprescindibles.

Aquí no pude ya contenerme, me levanté y di un abrazo a la abuela como hacía muchos años que no lo hacía. Me sentía formando parte de una cadena de solidaridad que me llenaba de orgullo, aunque yo no fuera protagonista de nada. Mi abuela recibió el abrazo con satisfacción y una amplia sonrisa, y siguió narrando con sosiego, esa etapa de su vida ya superada, pero que aún provocaba en ella pequeños rictus de dolor o sonrisas de agradecimiento, casi imperceptibles ambos, esbozados en las breves pausas de su relato.

Todo salió bien. La señora con la que viajé se despidió de mi cuando llegamos. Ella fue recibida por sus familiares, que parecían muy contentos de reencontrarse. Agradecí su generosidad, su tacto y su amabilidad, y me separé rápidamente de ella para no causarle problemas teniendo que dar explicaciones sobre mi identidad.

Enseguida encontré a Rosa, que se convirtió en mi hermana mayor, en mi amiga, en mi benefactora. Estuvo pendiente desde el primer momento de todas nuestras necesidades, mi hija fue también suya. Oficialmente, de cara al exterior e incluso para su familia, yo era una prima lejana del marido, eso fue lo que acordamos para no tener que dar explicaciones. Era muy distinta a Loli, más habladora, quizás porque su trabajo implicaba el trato con muchas personas, su alegría me cautivó y me dio una paz a la que me permití abandonarme y que transmitía a mi hijita, que daba abrazos y besos a todos los que se acercaban a ella.

Te parecerá que esto es una historia de solidaridad entre mujeres, y así es. Pero no quiero que pienses que los hombres no tuvieron su parte en toda aquella historia, mi historia. Nunca lo hicimos explícito, pero estoy segura de que el marido de Loli tuvo mucho que ver en el desarrollo de los acontecimientos. Y del marido de Rosa, que acogió y soportó mi presencia en la casa como la prima

Viaje de ida y vuelta

lejana, durante varios años, te he hablado muchas veces en supuesta calidad de bisabuelo. Y es que para mi hija fue su padre, su abuelo, su protector. Establecieron una complicidad que a veces nos ponía celosos a los demás.

De tus bisabuelos biológicos, mis padres, no supe nada durante muchos años. La ausencia de cartas, que en los primeros meses me extrañaba, me dolía y me desazonaba, la acepté como otra consecuencia inevitable de mi desafortunada relación, cuando tuve la certeza de que era causada por mi marido. Especulaba con la posibilidad de un feliz reencuentro, pero temía que hubieran muerto. Una vez de vuelta, el miedo a ser localizada me impidió iniciar cualquier tipo de búsqueda. Cuando supe de ellos, muchos años después y por una casualidad, ellos ya se habían ido, seguro que con una inmensa pena por la ausencia de su hija.

Esto es una parte de mi historia, niña. Los detalles, como te he dicho, vendrán poco a poco, ahora que sabes lo principal. Seguro que con lo que te he contado entiendes mejor mi preocupación porque encuentres un buen muchacho con el que compartir tu vida. Tu madre tuvo suerte, se casó con el hombre estupendo que es tu padre, y ahí estáis, tú y tu hermano, que sois dos diamantes. Soy feliz de teneros. El bienestar del que gozo en la actualidad hace que haya aceptado aquella etapa oscura y desgraciada de mi vida. Pero no te voy a engañar, siempre estoy alerta y las punzadas que a veces siento en mi corazón proceden del deseo de saber cuál fue el devenir de la vida de mis familiares, de mis padres, de mis hermanos, de mis tíos y de sus hijos.

Para ese momento ya me había permitido dejar correr por mis mejillas unas lágrimas que no sabía si eran de pena por lo mal que lo había pasado mi abuela, de alegría por la superación de sus penas, o de agradecimiento por compartirlo conmigo. Pero en todo caso, había tomado una determinación que todavía no comuniqué a la abuela: iba a localizar a sus familiares biológicos, que también lo eran míos, y la sorprendería con el estupendo regalo de un encuentro. Por el momento me contenté con darle un fuerte abrazo, otro más, mientras le daba las gracias de nuevo y ella me prometía otra vez que me contaría todos los detalles.